

Ciencia ficción y arte: LA ROSA

Miquel Barceló

Como parte de las artes narrativas, la ciencia ficción tiene algo de arte, pero en su relación temática con la ciencia también cubre una especie de vacío al relacionar arte y ciencia.

La compleja relación entre arte y ciencia necesita de continuas reflexiones. Sobre el tema, suelo usar un interesante artículo de Jorge Wagensberg que se publicó en su libro "*Ideas para la imaginación impura: 53 reflexiones en su propia substancia*" (Barcelona, Tusquets, Metatemas 54, 1998). Se trata de "*Ciencia, arte y revelación*", publicado originalmente en Viena en 1994. Simplificando, la tesis central del artículo vendría a decir que la ciencia, el arte y la religión son, simplemente, tres formas distintas de conocer, en cierta forma estancas y aisladas pero complementarias.

En particular conviene destacar del artículo de Wagensberg la idea de establecer que la ciencia se basa en la suposición de que "*la naturaleza puede ser entendida, que el mundo es inteligible*" por un cerebro humano; mientras que arte y religión "*nos invitan a adoptar el principio opuesto: que existen ininteligibilidades, existe el misterio*".

Mi punto de vista a este respecto, es pensar que la colaboración de muchas generaciones de científicos puede llegar a reducir muchísimo el ámbito de lo misterioso, de lo ininteligible, como en realidad ha ocurrido en los dos últimos siglos. Pero debo reconocer que siempre quedará algo irremediablemente incognoscible e inefable que, pese a todo, al menos a mí, no me mueve a buscar respuesta en la religión. Puedo aceptar perfectamente que el universo pueda no haber sido planificado o que nunca pueda llegar a ser entendido completamente. En realidad, sólo así tiene sentido persistir en la búsqueda del saber...

Y ése es el camino de la ciencia: saber que siempre quedan cosas por conocer y no darse nunca por satisfechos con lo que ya se sabe.

Uno de los buenos autores que abordó hace ya años la relación entre arte y ciencia es Charles L. Harness en su clásica novela corta "*La rosa*" (1955) que parece pretender una posible reconciliación del conocido antagonismo entre arte y ciencia.

Harness, lógicamente, no había leído a Wagensberg (ni, posiblemente, a los muchos científicos que pueden pensar como Wagensberg), por eso centraba su obra en establecer que "*la riqueza emocional del arte es necesaria para atemperar y redimir a la fría objetividad de la ciencia*". Hay en esa misma formulación una especie de recurso a clásicos arquetipos no siempre lo suficientemente discutidos: la "emotividad" que genera el arte y la "frialdad" de la ciencia, como si no hubiera arte que presume de "frialdad" o ciencia que resultara también, a su manera, "emocionante".

Conociendo la distinta forma en que arte y ciencia abordan el tema de la inteligibilidad, la opción ideológica de Harness parece llamada al fracaso, lo que no significa, ni mucho menos el fracaso de la obra literaria.

En "La Rosa", una artista que es además doctora en psicología, Anna van Tuyl, ha escrito un ballet aún incompleto: "la rosa y el ruiseñor". Se trata de una historia extraída de Oscar Wilde: un estudiante necesita una rosa roja para ser admitido en un baile, pero su jardín sólo contiene rosas blancas. Un alocado pero amante ruiseñor dejará que la espina de un rosal blanco atraviese su corazón para obtener una rosa roja... y un ruiseñor muerto (añadiría el científico). La ciencia aparece ejemplarizada en la figura de Martha Jacques enfrentada a su esposo Ruy Jacques, artista y, presuntamente, perturbado psicótico en tratamiento por parte de la doctora van Tuyl.

En la novelita, los enfrentamientos entre Martha y Ruy (entre ciencia y arte) quedan mitigados por el papel de la científica y también (y preferiblemente) artista Anna van Tuyl y la conclusión que percibe el lector es, claramente esa idea de que *"la riqueza emocional del arte es necesaria para atemperar y redimir a la fría objetividad de la ciencia"*.

Casi sesenta años nos separan de esa reflexión respecto a la interacción (o intento de evitar el aislamiento) entre ciencia y arte. Y el problema sigue vigente en toda su magnitud.